

Eider De Dios Fernández, *Sirvienta, empleada, trabajadora de hogar. Género, clase e identidad en el franquismo y la transición a través del servicio doméstico (1939-1995)*, Málaga, UMA, 2018, 477 pp.

Desde la propia portada de este libro me he sentido interpelada por una parte de la historia que atañe a lo más profundo de los seres humanos, el cuidado. Una parte de la historia que se ha visto tradicionalmente arrinconada en los análisis historiográficos, pero que este estudio pone en el centro, lo que significa un cambio de perspectiva absolutamente cautivador.

Una historia escrita desde la cocina, como lugar de encuentro privilegiado de lo público y lo privado, o mejor, desde el *office*, ese sitio misterioso que sólo se encuentra en los hogares de las clases acomodadas. Decir esto me hace temer desmerecer la obra de Eider de Dios, puesto que como queda demostrado en sus páginas, lo que hace referencia al espacio doméstico es menos valorado socialmente, a todos los niveles, que lo que tiene que ver con los espacios públicos.

Ahora bien, quizá sea precisamente desde las cocinas desde donde podemos entender mejor el devenir de nuestro país desde el final de la guerra civil hasta los años noventa, lapso cronológico de este libro. La autora analiza los cambios que se producen en las relaciones sociales y de género a través del estudio del servicio doméstico, que define como el microcosmos en el que se puede ver la estructuración básica de la sociedad española desde el franquismo y su evolución hasta prácticamente la actualidad. La cocina de las viviendas de las clases acomodadas se presenta como el espacio físico y simbólico donde se ponen de manifiesto las tensiones de clase y de género. Especialmente durante el franquismo, allí se encontrarán los vencedores y los vencidos, la España rural y la urbana, las amas de casa y las mujeres trabajadoras, y allí dejarán sus marcas el desarrollo económico, el cambio social, la transformación de las relaciones de género y el impacto de la inmigración.

Para realizar este estudio, la autora ha utilizado, además de fuentes escritas diversas, las historias de vida, lo que dota al relato de elementos evocadores de una historia vivenciada, escuchada, recordada, encarnada en unos testimonios que nos guían por un camino de autodescubrimiento individual y social. La muestra utilizada procede de la zona del Gran Bilbao, aunque las conclusiones generales pueden aplicarse al conjunto del estado. Todo

este bagaje se articula gracias a un potente aparato metodológico inscrito en la historiografía postsocial y la de género.

El libro está organizado en tres grandes bloques que se corresponden con tres momentos históricos en la concepción del servicio doméstico, y que se traduce en un cambio de denominación de las mujeres que mayoritariamente se dedicaban a realizar las actividades de cuidado:

1. *La sirvienta* (1939-1959). Durante esta etapa el servicio doméstico se convirtió en la única forma de sobrevivir para muchísimas mujeres de las zonas rurales. Para la autora, este fue un medio empleado por el franquismo para reeducar a la sociedad en los valores de jerarquía social, obediencia y abnegación cristiana a través de las jóvenes pobres de origen campesino. En este contexto las “señoras” de clase media y alta serían las responsables de enseñar a estas jóvenes a ser las nuevas amas de casa cristianas, núcleos de las familias obreras. De esta manera se restauraría el orden natural en la sociedad española, que la II República había resquebrajado. Me parece especialmente interesante la propuesta que realiza la autora de la función social y simbólica del servicio doméstico. Las “chicas” formaban parte de la familia ideal del franquismo, pilar básico de la España nacionalcatólica. Ahora bien, frente a esa imagen fija de portada de revista femenina, se contraponen los testimonios de las sirvientas que nos traen a una realidad de explotación, mistificación y contradicciones en los propios modelos de género que encarnaban las “señoritas”.

En este contexto, las organizaciones que luchaban por imponerse como mayor fuente de influencia entre las españolas no dudaron en lanzar sus redes a las muchachas que iban a servir a las ciudades. Me refiero a las distintas órdenes religiosas católicas y a la Sección Femenina de Falange. Desde ambos lados se intentó promover un sistema asistencial para las empleadas domésticas, dentro de las líneas paternalistas y ajenas a las verdaderas necesidades de estas mujeres que caracterizaron todo el periodo.

2. *La empleada de hogar* (1959-1975). Los años del desarrollismo marcarán el punto de inflexión en muchos aspectos del franquismo y puesto que en este estudio el objetivo se fija en el hogar donde confluyen clases sociales y modelos de feminidad y masculinidad en conflicto, estos cambios también afectarán al servicio doméstico. En esta parte me ha parecido muy interesante la inclusión del análisis de los productos culturales relacionados con el mismo, como las películas protagonizadas por la actriz Gracita Morales, y su recepción dentro del colectivo de sirvientas. En estos años, al igual que algunas mujeres de clase media, las nuevas empleadas de hogar empiezan a tomar conciencia de que están realizando un trabajo, no un servicio. Ambas, señoras y empleadas estarán afrontando los inicios de la doble jornada, con todas las consecuencias que tiene para las mujeres de distintas clases sociales, sus transgresiones, contradicciones y componendas. En esta época comienza también el activismo a través de las organizaciones del obrerismo cristiano, como la JOC.

3. *La trabajadora del hogar* (1975-1995). Este tercer bloque es, a mi juicio, el más innovador del estudio, puesto que se centra en la vertiente más activista de las empleadas domésticas, que queda definida en el nuevo cambio de denominación: trabajadoras del hogar. Se analiza la lucha por el reconocimiento de esta actividad como un trabajo en el contexto de la labor legislativa de la transición, algo que no se consiguió, pese al trabajo de las asociaciones de empleadas, primero, y trabajadoras de hogar, después, así como de algunas centrales sindicales como CCOO. El Real Decreto de 1985 continuó defendiendo

el carácter especial del servicio del hogar familiar. Aún así, el texto continúa analizando la actividad reivindicativa de este colectivo hasta mediados de los años noventa, incluyendo la lucha de las Auxiliares Domiciliarias en Bizkaia.

Otra de las líneas de análisis que aborda Eider de Dios, y que me ha parecido muy sugerente, es la relativa a la transformación de las relaciones de género en un momento en el que, debido a la crisis económica, comenzaba una crisis de la masculinidad obrera mientras que las mujeres estaban tomando conciencia de su identidad como trabajadoras. Me gustaría que la autora siguiera explorando esta línea de investigación en futuros trabajos. Asimismo, sería muy interesante profundizar en el impacto que tuvo en este colectivo la llegada de trabajadoras extracomunitarias al sector y como se reelaboraron las relaciones de clase, género y ahora país de procedencia.

Mayka Muñoz Ruiz
(Fundación 1º de Mayo)